

La vida en el pasado

Cómo hacer creíble la Historia a los jóvenes lectores

por **Juan Diego Pérez González***

Me contaba una profesora de historia que, hace unos meses, sugirió a sus alumnos de 1º de BUP la realización de un trabajo sobre las sociedades primitivas que incluyese algún dibujo, hecho por ellos, para describir gráficamente ciertos aspectos de la vida cotidiana de los hombres primitivos. Cuál no sería su sorpresa cuando descubrió que un grupo de alumnos había dibujado a los miembros de la tribu sentados alrededor de una mesa que podría formar parte del mobiliario de cualquier oficina actual. Sin duda, estos estudiantes tenían conciencia de que los seres cuya vida se les planteaba describir habían *existido*, pero no de que habían *vivido*.

Vivir otras épocas. Para cruzar la barrera existente entre la captación, en un resignado acto de fe, de una serie de datos de otros tiempos y la posibilidad de imaginar cómo era la vida real en el pasado, es necesario ver la historia como parte del mundo real: el de los seres vivientes. Sus personajes dejan entonces de ser «de papel» y adquieren volumen, profundidad, olor... Y los actos de estos personajes se contemplan como propios de seres humanos, sujetos a alegrías y triste-

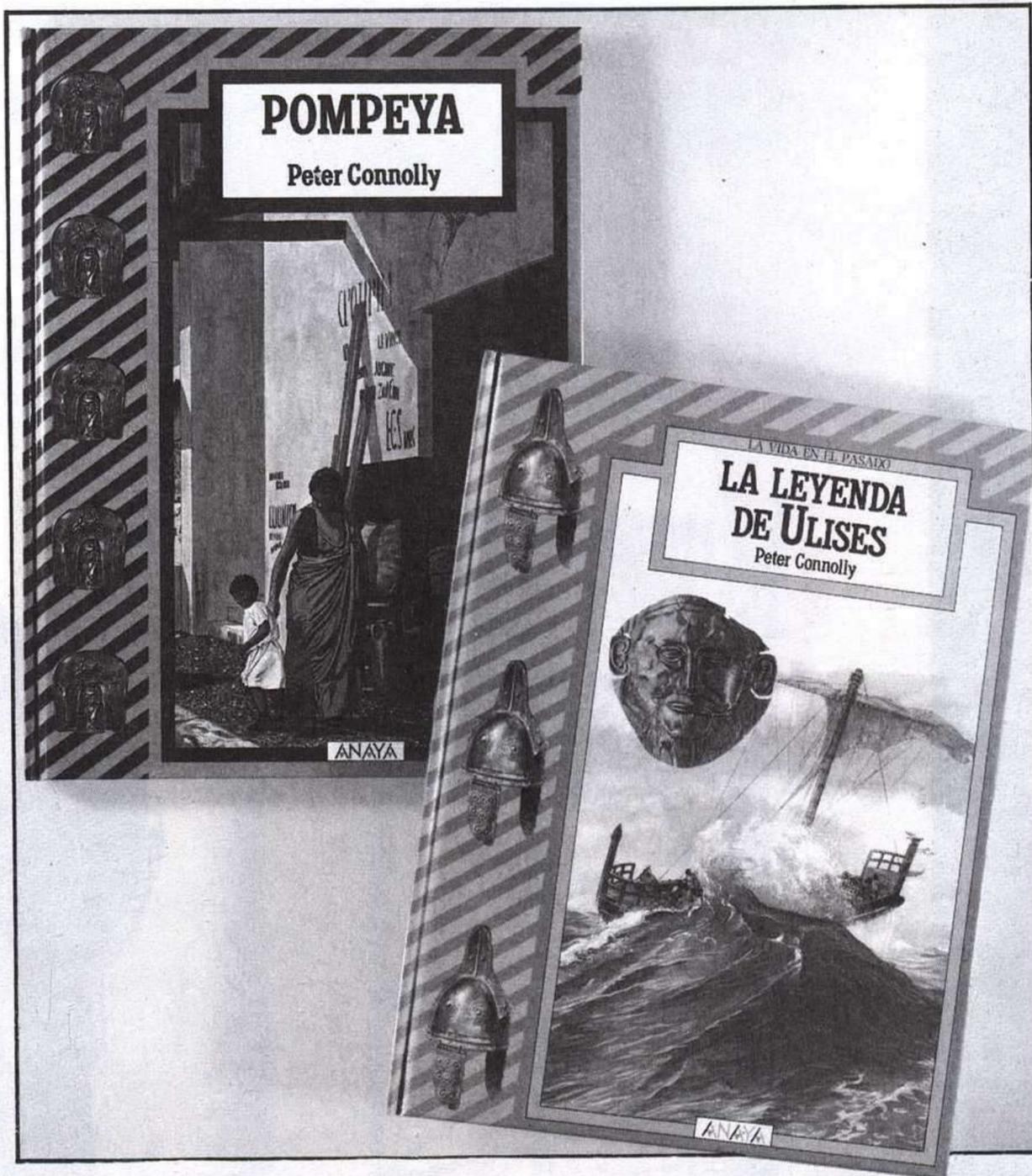
zas como nosotros mismos. Es todo un descubrimiento. Describiéndolo en términos científicos, se produce una relación empática entre el lector y el hecho histórico.

Porque, ¿cómo vivían realmente los que protagonizaron esa «novela de novelas», la Historia? ¿Qué comían? ¿Cantaban, leían, se divertían como nosotros? Sabemos que los hombres primitivos hacían cestos, cacharros de arcilla, utensilios para cazar, rascar las pieles, tejer... Y que en Babilonia, hace 4 000 años, había estafetas de correos. Y que los carpinteros egipcios utilizaban la sierra para trabajar la madera. Y que las mujeres cretenses, hace 4 500 años, llevaban el pecho al descubierto. Resulta que todas estas gentes vestían de forma determinada, y que ya existían las «modas». Conocer sus comidas, sus cubiertos, sus camas, a ser posible gráficamente, proporciona una puerta a la realidad cotidiana de su época, a los días que, uno tras otro, hicieron su historia. Los faraones no construyeron las pirámides: ordenaron su realización a un ejército de obreros, a los que era necesario alojar, alimentar y vestir. Los grandes generales aparecen no como héroes solitarios, sino como hombres

rodeados por sus guerreros, y nos damos cuenta de lo importante que resultaba para sobrevivir en el combate disponer de una buena espada de hierro en vez de una de bronce.

Sabemos que los árabes de Al-Andalus, hace 900 años, disponían en Córdoba de cientos de baños públicos para asearse, mientras que los cristianos de León ni siquiera se planteaban tal posibilidad. Y así podríamos continuar nuestro recorrido por la Historia, hasta llegar a nuestros días y advertir que ciertos aspectos cotidianos de nuestras vidas de hace tan sólo dos décadas se han convertido en algo tan irreal para muchos jóvenes como los de hace un par de siglos...

¿Cómo hacer que la Historia adquiriera la condición de *vida en el pasado*? El lector adulto muestra en la actualidad una notable afición por las novelas históricas, que el mercado editorial le ofrece en abundancia (muchas de ellas magníficamente documentadas). Incluso han tenido gran éxito algunos títulos sobre «historia de la vida de todos los días» de un nivel científico realmente alto, casi de especialista... La Historia se ha puesto de moda. Pero, ¿qué hacer con los jóvenes lectores? ¿cómo lograr que



participen de esta moda? ¿cómo interesarles por la vida de los hombres en otros tiempos? ¿cómo aprovechar esta puerta de acceso al interés por la Historia?

En una época donde los medios de comunicación hacen un uso intensivo de las imágenes, no cabe duda de que utilizar la imagen como medio para comunicar información es fundamental. El hecho de poder contemplar cómo eran las alpagatas de los hombres paleolíticos, o los peinados de las damas romanas, los hace creíbles. Dejan de ser personajes irreales de una aburrida novela para convertirse en protagonistas de unos hechos que sucedieron en pueblos, calles y ca-

sas. Se alejan de «la historia» entendida como secuencia de nombres y fechas, o de modelos de conocimiento abstracto, y se acercan a «la vida», tal y como aparece en los periódicos.

No es nada fácil ilustrar, presentar en imágenes la Historia. Requiere una labor de búsqueda minuciosa, de investigación profunda. Porque no basta con «adornar» las páginas de un libro, para que resulte vistoso. Las imágenes han de informar, convencer, incrementar la credibilidad del texto para no defraudar al lector. Han de ser instrumentos de divulgación, entendida como algo absolutamente opuesto a la trivialización. Sólo así se convierten en instrumentos verdade-

ramente útiles para transformar datos en sucesos, nombres en seres humanos, guerras en tragedias.

El esfuerzo que requiere facilitar al lector un material atractivo, que le proporcione una nueva y amena vía de acceso a la comprensión del pasado, sin duda merece la pena. Pero no siempre cuenta con todo el apoyo que debiera. Divulgar (facilitar) tiene para algunos un significado negativo: se juzga como una tarea poco seria. Y nada más alejado de la realidad. Ciertamente es que nuestra tradición divulgadora no puede considerarse excesivamente brillante, pero resulta un error, cada vez más evidente, asimilar «divulgación» a falta de profundidad.

Conozco autores que han dedicado todo un año a la investigación historiográfica para escribir un libro de divulgación, ilustrado, en apariencia intrascendente, sobre aspectos de la vida de los habitantes de Pompeya en la época de su destrucción, o de Jerusalén en tiempos de Cristo. Basta leer estos libros con atención para comprobar que el esfuerzo del autor ha dado un fruto excelente.

Como editor, no hago sino expresar una idea manifestada por muchos docentes: la puerta de acceso a la Historia (o, al menos, una entrada excelente) para los jóvenes, es la descripción de la vida cotidiana en el pasado, y esta descripción adquiere toda su fuerza si va acompañada de unas buenas imágenes. Nada puede explicar mejor cómo es una silla que una imagen de la propia silla. Cualquier esfuerzo en este sentido, independientemente de su éxito económico, debe ser contemplado como la búsqueda de un camino mejor hacia una de las aspiraciones del ser humano: el conocimiento. ■

* Juan Diego Pérez González es editor del área de No-ficción del Departamento de Literatura Infantil-Juvenil de Ediciones Anaya. Entre las colecciones a su cargo, cabe mencionar las que llevan por título La vida en el pasado, Biblioteca básica de historia y Biblioteca básica de arte.